

BAUTISMO DEL SEÑOR (Ciclo B)

El siervo del que habla el profeta Isaías en la primera lectura es «el Hijo amado»; el preferido; que nos muestra el evangelio de Marcos. Si el día de Reyes veíamos que Jesús se manifestaba como Salvador de todos los hombres, hoy se nos ofrece la epifanía de la humillación. Jesús se deja bautizar por Juan para mostrarse como el ungido de Dios, de quien nos viene la gracia. Jesús se abaja y Juan bautiza. Justo lo contrario de lo que sucede en nuestro bautismo, cuando somos elevados a la condición de hijos de Dios. Con esta fiesta finaliza el ciclo de la Navidad y se nos anuncia el carácter redentor del Emmanuel.

Isaías señala que ha venido a establecer una nueva alianza con el pueblo. El siervo, que será rechazado por los hombres, ha sido ungido con poder y habita en Él la plenitud del Espíritu Santo. A ello se refiere san Pedro en la segunda lectura. Por ello, en el prefacio de esta Misa se lee el bautismo de Jesús como prefiguración del bautismo sacramental en la óptica del intercambio: Él toma nuestra carne y nos da a cambio su divinidad. En el trasfondo de esta escena adivinamos la pasión de Cristo. Será su sangre derramada la que haga eficaces los sacramentos y dé paso al nuevo bautismo anunciado por Juan: «Yo os he bautizado con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo».

Lo que hizo, pues, Jesús fue indicar que el anhelo del hombre de ser purificado del pecado por fin iba a ser posible, ya que el bautismo de Juan era sólo imagen del que habría de venir. A partir de Cristo, el hombre no puede conformarse con ritos simbólicos sin valor real. Ahora le es dado entrar en una vida nueva porque Jesucristo ha devuelto la santidad al mundo. Como consecuencia del pecado original, al que se van sumando nuestras faltas personales, toda la realidad va quedando enturbiada. El deseo de limpieza busca signos y rituales. Cuando el Señor se incorpora a la cola de los arrepentidos que acudían al Jordán, lo que hace es sanar las aguas. Cumple la esperanza de todos los que habían ido a escuchar a Juan. Ahora ya no hay sólo palabras y ceremonias, sino auténtica sanación interior. El misterio operado en la Encarnación, por la que Dios se ha unido al hombre, pasa a los sacramentos. Por eso las acciones sacramentales son comunicadoras de vida. ¡Qué importante es darse cuenta de esto!

Con el bautismo, Jesús inicia su ministerio público. Decía san Juan Eudes: «Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Jesús, y pedirle con frecuencia que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia».

Con el bautismo se inicia nuestra configuración con Cristo. Las celebraciones litúrgicas y nuestra vida espiritual deben llevarnos a una mayor identificación con Él. Por eso son muchos los autores que han dicho que el cristiano es «otro Cristo». El Hijo de Dios quiere hacernos participar de su misma vida.

Así, las palabras de Pedro, que afirman que Jesús pasó haciendo el bien y curando a los que estaban sometidos por el diablo, seguirán realizándose. Porque verdaderamente Dios está con nosotros. Lo está hasta el punto de que no es una ficción decir que somos hijos suyos.